

Una segunda oportunidad

ANTONI SEGURA

Catedrático de historia contemporánea y director del Centro de Estudios Históricos Internacionales de la UB

EL PERIÓDICO DE CATALUNYA, 08.11.06

Los errores en política se suelen pagar, tarde o temprano. A CiU le pasó factura el acuerdo con el PP de 1995 y, sobre todo, de 1999, cuando descartó la opción de gobernar con ERC. Lo pagó en las elecciones del 2003 con unos resultados (46 escaños) que no le permitían una mayoría suficiente para formar gobierno y que hizo posible el acuerdo entre PSC, ERC e ICV. Esta vez, CiU, confiando en que obtendría una mayoría suficiente, hizo una campaña basada en la crítica al Gobierno catalanista y de izquierdas, plasmada en el DVD *Confidencial.cat*, del que se distribuyeron miles de copias, y en el o todo o nada: o CiU o la reedición del Pacto del Tinell, equiparado al caos y el mal gobierno.

Así, pese a haber ganado las elecciones en votos y en escaños, se ha encontrado de nuevo con una mayoría (relativa) claramente insuficiente para gobernar en solitario y tampoco ha conseguido que PSC-ERC-ICV no sumaran una mayoría (absoluta) alternativa.

NO PUEDE objetarse ahora que CiU es la fuerza más votada (en unas elecciones bajistas en que todos han perdido votos con la excepción de ICV y el partido anticatalanista de los Ciudadanos) o que la diferencia con la segunda fuerza política es de 11 escaños, porque en aplicación del Estatut "el *president* o presidenta de la Generalitat es elegido por el Parlament de entre sus miembros" (art. 67) y, por lo tanto, no gobierna quien obtiene más escaños, sino quien es capaz de formar una mayoría parlamentaria suficiente. Pero conviene que CiU vuelva a ser una alternativa real de gobierno y, por eso, tendría que aprovechar su paso por la oposición para reflexionar seriamente sobre los errores cometidos (de campaña y programáticos) que tanto están dificultando su transición al pospujolismo.

¿Pero la reedición del ahora denominado Govern d'Entesa Nacional pel Progrés es un pacto de pasado o de futuro? Si hay voluntad política es las dos cosas a la vez. Es un pacto de pasado porque parte de la experiencia del anterior Gobierno que, ciertamente, no fue modélica. No obstante, y pese al desgaste y el ruido mediático --especialmente en relación con el Estatut, que ocultó la obra de gobierno--, el voto de los ciudadanos, más allá de la decepción que denotan el incremento de la abstención y de los votos en blanco, ha renovado su confianza en un Gobierno de PSC-ERC-ICV otorgándole una cómoda mayoría absoluta de 70 escaños. Y conviene recordar que en unas elecciones se evalúa, en primer lugar, la acción del Gobierno saliente. La pérdida de 4 escaños no es excesiva si tenemos en cuenta todas las dificultades de los últimos años. Tiene que ser un pacto de futuro porque, ciertamente, no se pueden repetir los errores y las disputas de la pasada legislatura.

Esta segunda oportunidad sólo tendrá éxito si, ante todo, se ponen las bases para impedir la repetición de los errores del pasado. Hay que reflexionar y aprender de los errores y, por lo tanto, fijar previamente las reglas del juego y las prioridades estratégicas compartidas, aparcando o dejando para la discusión interna las diferencias programáticas o los objetivos en que no hay acuerdo. Hace falta un Gobierno estable, cohesionado, que gobierne sin ruidos innecesarios desde la unidad y no desde la confrontación partidista. Un Gobierno que concite el apoyo social y en que el presidente, máxima representación institucional de Catalunya, tenga las manos libres para poder hacer las remodelaciones de gabinete y tomar las decisiones que crea oportunas en base al acuerdo programático pactado. Un Gobierno, en fin, que no sea feudatario de las decisiones o las presiones de la Moncloa o de lobis económicos, financieros o mediáticos, porque las decisiones de gobierno sólo se pueden tomar desde Catalunya.

SIN DUDA, en este sentido, el papel más difícil ha correspondido al PSC, que en contra de profecías interesadas, ha sabido imponerse a las presiones que llegaban de algunos barones del PSOE e, incluso, de Ferraz, demostrando así su independencia. Un Gobierno, en definitiva, capaz de aprovechar el

despliegue del nuevo Estatuto para trazar un proyecto de futuro basado en el autogobierno y en la consolidación de un Estado del bienestar, eficaz y razonable, que con sus políticas sociales contribuya a la cohesión social en unos momentos en que la precariedad laboral y económica de amplias capas de la población y la llegada de nuevos inmigrantes pueden dar lugar al surgimiento de movimientos populistas, antisistema, de carácter xenófobo y anticatalanista.

Ciertamente, la formación de este Govern no ha sido una decisión fácil y ha exigido renuncias y acuerdos de los tres partidos que lo configuran. Sólo queda pedir que, como visualización de la voluntad política de emprender una etapa sin los inconvenientes de la anterior legislatura, se gobierne con transparencia, sin sacudidas (ni *Dragón Khan*, ni *Simca 1000*) y explicando con claridad los objetivos que se pretenden y cómo se conseguirán. Sólo así será posible iniciar con buen pie una nueva etapa en que la política esté al servicio de los problemas reales de los ciudadanos y en que se recupere la credibilidad de las instituciones políticas, socavada ahora por el autismo creciente de la clase política y su secuela, la elevada abstención.